



TERROR CORDOBA

FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE DE TERROR Y FANTÁSTICO

SEXTA EDICIÓN 2020



CONCURSO DE
RELATOS
DE TERROR



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN:	
Texto contextualización	4
RELATO GANADOR:	
Plexogénesis	5
MENCIONES DE HONOR:	
Parestesias	7
Hocicos Espumosos	9
Una Partida De Naipes	11
MENCIONES OTORGADAS POR REVISTA	
GUALICHO:	
Lepidopterofobia	13
Abstinencia	14
El Bosque	16
El Otro Yo	17
El Último Baile	19
Tracción A Sangre	21



TERRORE

CORDOBA

FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE DE TERROR Y FANTASTICO

El Terror Córdoba es un festival de cine de terror y fantástico que reúne producciones independientes de Córdoba y del mundo. A lo largo de los años ha recibido y proyectado cortos y largometrajes provenientes de Asia, Europa y Latinoamérica; también material de más de quince provincias argentinas. Es un evento multifacético y tiene como principal característica reunir al público con realizaciones artísticas fomentando el encuentro, la discusión y las nuevas propuestas. Desde hace 6 años continúa con su compromiso de fortalecer el desarrollo y el intercambio cultural de iniciativas cinematográficas locales y la experimentación narrativa vinculada al cine de género. Gracias a su trayectoria, su masividad y a la calidad de los proyectos que selecciona, el Terror Córdoba instaló en Córdoba una cita esperada para quienes aman encontrarse con emociones fuertes en una sala oscura.

Concurso de Relatos de Terror 2020
Se presentaron 128 relatos. Jurado:
Guillermo Bawden- Emanuel Rosso -
Lucía Feuillet.

El desafío de expresar nuestras más primitivas y oscuras sensaciones a través de las palabras fue la propuesta; encontrarnos con esas historias que alguna vez no nos dejaron dormir, que tal vez guardamos para que no se hagan realidad, pero que necesariamente tenían que dibujarse en un papel. De eso se trata esta recopilación de miedos que han sido ganadores de un concurso que nos lleva a nuestras más indeseables pesadillas.

PLEXOGÉNESIS

por Ariel S. Tenorio

El lugar era horrible.

No horrible como esos decorados con que las pesadillas adornan sus tramas (falibles por su propia inconsistencia), sino como suelen serlo los lugares reales.

Un edificio funesto, iluminado por reflectores de mercurio, con las patas de hormigón enterradas en el barro y el resto de su anatomía envuelta en vapores pestilentes, parecía existir desde tiempos prehistóricos.

Los camiones entraban llenos y salían vacíos.

Los hombres entraban por la mañana y salían por la noche, siempre cansados.

Desde el frente, la testa industrial de hierro y ladrillo era una mole cuadrada que desencajaba con el barrio de casas bajas.

Desde el fondo, los campos albergaban otra mirada, más miserable aún.

Ahí dónde se arrojaban cantidades ingentes de vísceras y sangre, estaba el núcleo de atención de un diablo flotante. El fondo del matadero abarcaba tres hectáreas pantanosas que a plena luz del día despedían un vapor bilioso y que de noche se

plagaban de alimañas de distinta índole y tamaño. Al final del páramo, una laguna negruzca se extendía más allá del alambrado y se deshinchaba en una red de zanjones que iban y venían por plumachos y matojos de ligustro salvaje.

Una noche, algo tembló.

Hubo un chapoteo.

Un grupo de ratas grises huyó entre chillidos.

Al despegarse la luna del paño húmedo, su luz pálida alumbró al feto. Era un manojito sangriento que se arrastraba por encima de unos tablones, sobre la podredumbre pastosa. Se puso en pie con unas patitas chuecas e imposibles y se llevó una mano diminuta al costado izquierdo. Ahí crecía una segunda cabeza, como si emergiera de una piel todavía inestable. Tenía un ojo, tenía un bulto de tubérculo que se asemejaba a una nariz y más abajo, una boca contrahecha.

La boca inferior se abrió y dejó asomar una lengua negra, seca como la de un moribundo.

El llanto, que luego contagió a la otra cabeza, fue estremecedor.

Un enjambre de moscas llegó para festejar.

El feto pensó en una canción de cuna que no era sino dolor, hasta que se adormeció.

“Comeremos la inmundicia y viviremos”, dijo el pensamiento y el ser único se reconfortó porque comprendió que aquello era cierto.

La boca inferior lamió el pulgar.

“Y si tenemos suerte, viviremos”

—Vivirá— decretó el diablo.

Desde el matadero, los mugidos lúgubres llegaban en tandas.



PARESTESIAS

por Ignacio Román González

El pitido lo arrancó del sueño de modo violento, como se echa a un borracho de un bar. Con botella y todo. Él se defendió de la hostilidad con movimientos torpes. Buscaba a tientas permanecer del lado de adentro. Con la boca anestesiada balbuceaba que no había dormido lo suficiente. Que tan solo una copa más. Pero las puertas se cerraron detrás y quedó tendido tal como cayó.

A ciegas buscó manotear el despertador pero su brazo golpeó torpemente contra diferentes objetos. El desparramo aportó más escándalo a la causa, sin que la alarma cesara en su cometido. Diferentes objetos rodaron, rebotaron y estallaron en la oscuridad de la habitación.

Rápido advirtió que no sentía la mano.

No era la primera vez que despertaba de a partes. Su cuerpo adoptaba caprichosas posiciones mientras dormía. A veces una pierna y el hormigueo molesto, otras un brazo dormido bajo el peso de su cuerpo. Un masaje localizado favorecía la irrigación sanguínea y santo remedio. Pero esta vez se sentía diferente.

El brazo serpenteaba liviano sin poder asir nada. Era como si no tuviera directamente.

Desconcertado, quiso incorporarse pero se supo roto. La cabeza reposaba de costado, hundida parcialmente en la almohada, de nuca al ruido. No obedecía al impulso de erguirse. Su mente navegaba angustiada dentro del cráneo, como desconectada del resto. Solo parecía responder el brazo cuyo muñón golpeaba alocadamente el colchón, buscando en vano constatar la presencia de sus extremidades.

Pudo abrir un solo ojo -como el resto de su cuerpo, el otro tenía un destino incierto-, pero el ángulo visual era muy reducido. Giraba loco en su órbita, desesperado. Sin dominar la profundidad de campo, las formas desde su perspectiva resultaban caprichosas y sombrías.

No reconoció nada de lo que alcanzó a distinguir.

La pared con azulejos no era la de su habitación. Frente suyo debería estar el ropero y una silla con la ropa que todas las noches dejaba preparada. En vez de eso, una mesada de metal reflejaba la poca claridad del lugar. Soportaba un instrumental que al principio le resultó imposible de

clasificar.

Recién cuando le encontró forma a los bultos que colgaban de un gancho sobre la bacha comprendió vagamente dónde podría encontrarse.

Quiso gritar pero el volumen del despertador, perdido en algún lugar del suelo, iba en aumento. Y a pesar de que tapaba su débil pedido de socorro, acudieron a él de todos modos.

Alrededor suyo se agitaron unos pasos. La luz dio un destello cegador antes de mantenerse encendida.

Está fibrilando, les oyó decir. Va a entrar en paro.

Le inmovilizaron el brazo y sintió un pinchazo cerca del hombro. Al mismo tiempo que distinguió, con el ojo inundado de lágrimas, por fin, algo familiar entre tanto caos.

Una de las extremidades que se desangraban sobre la bacha tenía en el muslo su marca de nacimiento.

Después el sedante hizo efecto y jamás volvió a despertar.

HOCICOS ESPUMOSOS

por Diana Beláustegui

Se despertó con frío. Helena dormía a su lado envuelta en todos los acolchados.

Sonrió ante la metáfora, un año atrás ella la habría abrigado, ahora se robaba las frazadas sin importarle si se moría de hipotermia durante la noche.

Se levantó con el cuerpo dolorido, las articulaciones duras. Todo había cambiado, en el ambiente de la casa flotaba un aire distinto, más denso, apático.

Supuso que así se sentía el desamor.

Se debían una charla. Creía que ninguna de las dos sufrirían, ya no eran las mismas, ya no quedaba amor para repartir.

Tomó la caja de cigarrillos y buscó con la mirada algún abrigo.

El saco negro preferido de Helena sobresalía por debajo del sofá, lo extrajo de un tirón, se lo puso sobre su pijama y salió a la vereda. Cuando el frío le pegó en la cara, tiritó mientras se abrazaba al abrigo de la mujer que pronto abandonaría su vida.

Vio cuando el perro de la vecina del frente olfateó el aire. La fémina prendió su cigarrillo y los ojos del animal la encontraron.

Comenzó a ladrar frenético, con el cuerpo golpeando el portón, intentado abrirlo, desesperado por salir.

Estaba enloquecido, una espuma blanca le había empezado a caer desde la boca en gotas pesadas.

Retrocedió espantada, los ladridos de los perros de la cuadra no se hicieron esperar y llegaron acompañados de aullidos lastimeros.

El perro seguía tirándose sobre el portón y ya tenía el hocico ensangrentado.

-Ha enloquecido -pensó, y un perro marrón de gran tamaño llegó corriendo desde la derecha y se abalanzó directo para atacar.

La mujer profirió un chillido histérico mientras elevaba una pierna haciendo pobres intentos de patadas para que el perro no la mordiera.

La mañana fría se llenó de animales histéricos colmados de espumajes rosados.

La puerta se abrió y Helena la hizo entrar de de un tirón.

-¿Que ha pasado? -gritó histérica cuando sintió como el perro embestía la puerta.

-Han enloquecido -respondió temblando mientras se dirigía hacia el teléfono.

Helena aun sostenía la puerta, chillando agudo ante los empujones del animal, tenía su saco negro preferido a medio poner sobre los hombros.

-Llamá a la policía -gritó Helena asustada y la mujer afirmó con el rostro mientras se sacaba el abrigo negro preferido de su amante y lo tiraba al suelo.

Las dos chillaron al escuchar a varios perros sumándose a la locura: ladraban y empujaban intentando entrar.

La mujer tomó el celular y juntas corrieron hacia la habitación para encerrarse cuando vieron que los goznes de la puerta principal comenzaban a ceder.

El abrigo negro tirado en el suelo reptó despacio hacia abajo del sofá dejando una baba gelatinosa en el camino.

UNA PARTIDA DE NAIPES

por Hernán Marcelo Ferrari

Pedro Alcaraz escuchó una catarata de insultos al pasar junto a la casona de madame Chardín. En ese momento, un hombre de rostro recio se asomó al alféizar de la ventana del primer piso, mirándolo con aires de compadrito. Alcaraz acomodó su sombrero y se alejó del lugar, pensando en que madame debería elegir mejor a sus amantes. Chardín era una solterona pelirroja de busto prominente que tenía en vela a los lugareños. Si entraba a una despensa, los dependientes se debatían su atención a los codazos, y no eran pocas las peleas que se suscitaban en el bar luego de que Chardín se acercara a cantar una petite chanson, dejando los ánimos encendidos. Pero Alcaraz no había llegado hasta el pueblo atraído por su canto de sirena, sino persiguiendo viejos mitos enraizados en la fundación misma del pueblo; un pueblo enclavado al sur de Buenos Aires donde, a la hora de la siesta, los espíritus insuflaban temor en los corazones, y el lobizón campaba a sus anchas durante las noches. Sin embargo, lo único atemorizante que había descubierto era el vozarrón del jefe de redacción de "Noticias ya" cuando lo telefoneó a la pensión: «si no tiene avances con sus crónicas de ultratumba, búsquese otra redacción donde ejercer ese periodismo berreta». Esa noche, sin pistas de espectro alguno, Alcaraz se acodó en la barra del bar a exprimir las últimas monedas que le había destinado el periódico. Chardín terminaba de entonar poupée de cire, agradeciendo los aplausos con una reverencia para luego disponerse a jugar naipes. Además de pretendientes, Chardín arrastraba un curioso record: jamás perdía jugando al mus. Algunos atribuían el prodigio al despiste que provocaba la generosidad de su escote. Otros, como la casera de la pensión donde paraba Alcaraz, elucubraban posibilidades menos mundanas: «esa fulana tiene al diablo de su lado». Más por borrachera que por embelesamiento, Alcaraz comenzó a seguir las acciones de la mujer; una verdadera máquina destripando contrincantes. Pero al levantar la vista, observó detrás de los jugadores al hombre de rostro recio pasándole a madame, a través de señas, las cartas que tenían los otros jugadores. Un instinto justiciero se apoderó de Pedro, que comenzó a dar a voces su descubrimiento. Chardín, ruborizada, se retiró del recinto. La sorpresa de Alcaraz fue mayúscula cuando, al ser interpelado por

los otros jugadores, les preguntó si no podían ver al hombre recio. Nadie parecía ver nada. Le quitaron la botella de ginebra, y lo devolvieron a la espesura de la noche de una patada. Camino hacia la pensión, divisó la silueta de madame al final de la calle. Chardín se acercó, y sus ojos verdes vibraron en la oscuridad. —¿Usted puede ver a Prudencio, mon cher? —¡Pero claro, si está ahí amenazándome!—dijo Alcaraz, mientras el hombre recio lo miraba pasándose el dedo pulgar por su cuello de lado a lado. —Señor mío—dijo madame—. Prudencio, ahí como lo ve, lleva décadas muerto. Entonces, Prudencio se abalanzó sobre el cuello del cronista.



LEPIDOPTEROFOBIA

por Micaela Ruiz

Nadie le cree, pero sabe que no son hermosas. Son gusanos con alas de colores.

Simplemente y solo eso. No importa cuantas veces se lo expliquen. Siente asco de solo pensar que algo tan repulsivo luego de su bien merecido lugar como larva, evolucione y pueda volar. Le da pánico que se le posen encima o verlas ir de flor en flor demasiado cerca. Por eso solo tiene suculentas en su balcón. Por eso evita los viveros y florerías o el jardín botánico en primavera. Por eso cuando sintió que comenzaba a gustarle aquella persona hubiera preferido una muerte fulminante y rápida.

Además de las frases sin sentido y la sonrisa estúpida, pronto comenzó el calvario.

Ya sabía que no había vuelta atrás. Que comenzaría con los típicos síntomas en el estómago y poco a poco el cuadro iría empeorando a medida que el sentimiento creciera y se alimentará de forma recíproca y sistemática. Condenándole.

En pocos días las larvas dejarían sus capullos para arrastrarse, trepando con sus recientes estrenadas patas de fino alambre subiendo hasta su tráquea, estirando sus lenguas enruladas, cada vez más famélicas, deseando con voracidad el delicioso néctar.

Las sienta subiendo, tose por la carraspera que el polvo de sus alas le provoca. Ahoga arcadas. Ha dejado de comer y vomita sin remedio. Empalidece y devuelve, las regurgita y las mariposas al caer sobre la bacha se sacuden la saliva, se desperezan y vuelan frente a sus aterrizados ojos, casi como burlándose.

Ahora es solo piel y huesos. Las ojeras se profundizan. Ama, sí. Pero ante cualquier manifestación involuntaria de su enamoramiento no puede evitar tener náuseas.

ABSTINENCIA

por Emmanuel Torres

Bajé del bondi sobre el camino de cintura, siete y media de la tarde. El cielo anémico veraniego perdía color, esas escasas tonadas rojas, la calle rota y los carteles de desvío por obras, los pozos llenos de agua como una gran incubadora de mosquitos molestos.

Había llovido y la avenida cortada me daba satisfacción, no solamente yo la estaba pasando mal. Giré sobre cerviño y lo ví: corte casquito, color verde, sentado sobre un cantero, tomando birra. Tenía puesta la asquerosa camiseta de Almirante Brown, asquerosa como su vida. Me acercaba, tenía un monstruo latiendo. A pasos de él saqué el fierro, justo cuando le pasaron la birra los pibes me miraron sin pestañear; le volé la cabeza. Los tendones se liberaron y no tenían que cargar más con tanto pecado, ni con ese envase que se partió contra el suelo. Sangre y cerveza recorren las viejas baldosas amarillentas todavía húmedas por la lluvia pasajera, llegan a un charco y reflejan en simetría del rojo cielo.

Los pibes me miran y Luisito dice:

- ¿No es mucho? ¿Fue por la bolsa que te debe?

- Nono, ya le tenía que tocar – le contesté.

Seguí caminando. Necesitaba conseguir para tomar, me sentía consumido por el tufo.

- No se les ocurra tocarlo, en un rato lo pasan a buscar.

Fui hasta Atalaya, pasé Barrio Central, volví para San Justo y nada. La abstinencia mataba, la de mi viejo era peor.

Paré en una jodita en lo de Ariel. Mucha risa, pero ninguna es para mí. Tenía que aflojar con hacerme la cabeza. Escabíamos antes de volver a mi casa o ese lugar donde vive mi viejo, esa cueva llena de recuerdos.

- Yo podría ser un héroe, tomo vino del peor y soy el que más cerca está de ajusticiar el barrio. Vivo con el terror.

- No es tan fácil, hay tantas cosas al alcance y seguimos igual.

El vino desapareció con el cielo completamente oscuro. Ariel me tiró hasta la rotondita.

Bastante mamado pensaba en los pastizales de la casa abandonada de la esquina que tapan tantos misterios. Los ladrillos viejos sin revo-car de casa y el olor a humedad me arrastran adentro, la puerta está blo-

queada por el cuerpo del sorete que bajé, lo corro y me siento en el sillón; mareado y lleno de vino, siento ese rojo por dentro haciéndome vivir como quiero.

- ¿Me trajiste para tomar? - preguntó mi viejo desde el fondo.

- Sisi – contesté sin ganas.

Su figura asomó en el umbral de la puerta y se abalanza sobre su presa.

- Te dije que no quiero más negros de mierda.

- Es lo único que había. Yo no mato cualquier gil.

Mi viejo levanta su gran mano y mata un mosquito:

- ¡Clima de mierda, estos bichos chotos!

- Pa – digo mientras camino tambaleándose hacia él – menos mal que solo vivís de sangre. Sino la guita, ni mi vida alcanzarían.

Miro el techo y espero esa sensación heroica.

EL BOSQUE

por Oscar Salcito

Luz de Luna salió de su casa y como cada sábado fue hacia el bosque. Era el lugar de los encuentros cósmicos, encuentros que alimentan el alma de otros seres.

—Hoy conectaremos con nuestros hermanos árboles. Les voy a pedir que se saquen la ropa así las vibraciones emocionales resultan intensas.

Ya lo habían leído en el folleto y era la primera vez que venían a una sesión espiritual, aunque Samanta no creía mucho en eso, y miró a su amiga que se desvestía como todos. Ella fue la de la idea, la de poder vivenciar cosas, de experimentar algo distinto.

—Parece emocionante, Samanta —le dijo con una sonrisa su amiga—. Luz de Luna seguía con su túnica y el medallón en el pecho. Miró al bosque con los brazos extendidos:

—Ancestros, cada uno de los presentes tomará vuestra energía para que las raíces los conecten a la tierra y desde sus ramas alimenten a los seres superiores —y volviéndose les habló—. Hermanas y hermanos, elijan un árbol y abránsense a él, que sus cuerpos queden pegados a la corteza, y sentirán que la sabia fluye por sus venas. No se suelten por nada para dar fuerzas a la energía dejándose transportar a la inmensidad cósmica.

Cada cual fue al suyo. Samanta se abrazó a una acacia. Luz de Luna miró con disimulo su teléfono.

Las hormigas empezaron a salir junto con los gusanos y las arañas, iban trepando por los troncos prestos a abordar a los seres pegados a los árboles.

Samanta temblaba, miró a su amiga que reía acariciando un cedro, miró a los demás que reían también, a medida que los insectos caminaban por sus cuerpos.

No debían soltarse. Unas boas constrictoras se desenroscaban desde las copas.

Era una danza ritual. La antigua danza del bosque.

Sonó la alarma del celular que imitaba a un trino de pájaros. Luz de Luna miró hacia el silencio del follaje que reposaba en su quietud y se despidió:

—Ancestros, el próximo sábado les traigo más.

EL OTRO Y YO

por Dieter Haym Fielitz

Desperté en medio de la noche.

Fue un ruido seco en algún lugar de la casa, como un plato que cae y se parte en mil pedazos contra el piso de la cocina. Me levanté con cierta dificultad. Hacía frío, mucho frío y sentí que las piernas estaban entumecidas. Caminé a oscuras por el corredor de la casa, que a esta altura de mi vida conozco de memoria, un viejo caserón negro y vacío, solo poblado de recuerdos y ausencias. Y de miedos. Pensé, tratando de tranquilizarme, que un ratón habría podido pasar corriendo por la mesada de la cocina y golpear algo en su carrera.

Nada. La cocina estaba intacta. A la luz de una pálida lamparita que cuelga del techo pude ver que todo estaba en su lugar. Quizás me equivoqué, pensé, y el ruido viniera de la sala. Ahí solo hay algunos muebles de estilo, apolillados y manoseados, un par de cuadros colgados en las paredes y algunos platos de porcelana sobre el viejo aparador. Y la colección, en el fondo contra la pared. Pero ahí también todo estaba intacto, cubierto con una gruesa capa de polvo de años de desuso y olvido. Apagué la luz y volví sobre mis pasos.

Descubrí un resplandor que cortaba la oscuridad. Había luz en mi dormitorio y, para mi horror, caminando apoyado a la pared y con los ojos bien abiertos, venía alguien igual a mí y, a la vez, distinto en casi todo, como una sombra de quien alguna vez fui. El otro me descubrió en la penumbra, me miró con ojos aterrados, temblando de pies a cabeza. ¿Quién sueña a quién?, me pregunté en silencio, mientras sus ojos me taladraban con pavor. No hizo ademán de huir ni de gritar. Sólo me señaló con un dedo tembloroso, de la misma forma que lo había hecho todas las veces que, desde niños, nos habíamos cruzado. Él parecía más bajo que la última vez y su la piel era casi transparente. Por la comisura de sus labios corría una baba asquerosa y se movieron solo para sentenciar lo mismo que me dijo la primera vez que nos vimos. "Los monstruos existen. Puedes tenerles miedo toda la vida. O puedes convertirte en uno de ellos".

Su voz me llegó como en un eco lejano, apenas modulado por una boca casi sin dientes. Pensé en mi colección de cabezas, ordenada en los

estantes de un viejo aparador con puertas de cristal, cuyos ojos me miraban cada vez que les visitaba y me recordaban que yo había decidido no tener miedo a los monstruos.

Un ruido me distrajo, como un golpe en algún lugar de la casa. Sí, me dije, algo se ha caído, o a esta vieja casa le crujen las entrañas. El otro ya se había ido.



EL ÚLTIMO BAILE

por Fernando Rodríguez

Es la tercera noche que sueña de manera consecutiva. El mismo mensaje desde que falleció. Lo extraña tanto.

La cuarta noche es demasiado. Se despierta de madrugada empapada en sudor. La frase queda flotando en la habitación, "Claudia, te estoy esperando".

¿Será un reflejo del inconsciente?, ¿algo que no puede olvidar y se manifiesta en sueños? Se pasa el día entero, esperando la noche.

A la quinta, el sueño se repite, pero con otro mensaje, mucho más macabro, más riesgoso.

Desenterrarlo, estar juntos, regresar. Claudia respira entrecortado. Puede hacerse.

A las 3 de la mañana llega a Chacarita. Deja el Renault gastado a regañadientes. El frío le cala hondo en los huesos mientras camina hacia el portón de entrada. Sigue de largo hasta encontrar un árbol lo suficientemente alto, para subir y saltar el paredón. Al cabo de diez minutos lo encuentra, sube y baja del otro lado. Trata de no hacer mucho ruido, camina de memoria hasta el sector de nichos. Ha venido tantas veces que siente que puede hacerlo con los ojos cerrados. De alguna manera, lo hace.

Cuando baja al pabellón, una pared gigante la recibe. En cada uno de esos cuadrados de mármol, hay muertos. Uno de ellos es Mauro.

Lo acaricia, le pide disculpas por no venir en el último tiempo, que estuvo atareada, pero que no va a volver a dejarlo. El contacto con el material frío la hace temblar. Agarra la manija de bronce y empuja.

Nada pasa. Empuja otra vez y hace palanca contra la pared.

De a poco, cede, hasta sacar los restos. Claudia sube y se sienta a horcajadas. Parece estar intacto, lleva el mismo traje y está hermoso. Lo abraza, lo llena de besos. Lloro en el hombro, desconsolada por la pérdida, intentando esconderse de todos.

No ve cuando los dientes afilados de Mauro aparecen. Tampoco siente cuando sus vértebras crujen.

No escucha, no grita, mira en la profundidad de sus ojos que le devuelven una imagen maravillosa.

Vestidos de gala, giran juntos en un baile mágico. Al principio no le da importancia, piensa que es un bache, un pequeño error en la fantasía, pero luego ve un destello que no debería estar ahí. Y eso cambia todo, el vestido se le cae en tiras sobre el piso de cerámica fría. Ya no bailan, no giran, el piso se vuelve de lava pegajosa y caliente. Mauro observa con ojos demenciales. La piel de los brazos se le desgarran, la cara se corrompe. Se derrite, sigue sin poder gritar a pesar del dolor que le carcome las entrañas. Está mirando por la puerta del infierno, algo que nadie debería mirar nunca.

Ahora si quiere correr, escapar, si esto es un castigo por no cuidarlo sobre el final del cáncer, ya está pagado con creces.

Justo antes de que el nicho se cierre, es cuando Claudia puede gritar.



TRACCIÓN A SANGRE

por Diego Valdez

Prefería manejar durante la noche. A esa hora, la ruta desierta le permitía pisar el acelerador con tranquilidad. Al llegar al pueblo que debía visitar, buscaba algún hotel barato para descansar y al día siguiente vender sus productos.

Esa noche, cuando la radio del auto empezó a hacer ruido de estática, trató de ajustar el dial. Por el rabillo del ojo vio una figura desgarrada en medio de la ruta. La sorpresa hizo que pusiera todo su peso sobre el freno y que volantara hacia la derecha. La velocidad y la maniobra repentina hicieron que perdiera el control del auto, que se salió de la banquina y terminó con un palo incrustado en el radiador.

Bajó del auto, volvió su mirada hacia la ruta y vio que la chica que casi atropella lo miraba blanca como un fantasma. Él le preguntó si estaba bien y cuando ella abrió la boca para decir algo, cayó de rodillas al suelo, como si el esfuerzo por querer hablar la hubiese agotado repentinamente. Corrió hacia ella y notó que tenía hematomas en sus brazos, golpes en el rostro y unas ojeras que, a todas luces, hacían suponer que era una drogadicta.

Después de todo, a esa hora y en ese lugar, quién más podría estar caminando sino era un drogadicto. La levantó con gran esfuerzo, no porque ella fuera corpulenta, sino porque él tenía un funesto estado físico, y la llevó hasta el auto. Como un acto de fe, intentó inútilmente ponerlo en marcha.

Sacó el celular del bolsillo para llamar al seguro, a la policía o a cualquiera que pudiese ayudarlo, pero en medio de la pantalla aparecía una leyenda que decía SOLO LLAMADAS DE EMERGENCIA. Insultó en voz baja y, como pudo, cargó a la chica sobre su hombro para caminar hacia alguna casa cercana. No muy lejos divisó una luz tenue y dirigió sus pasos hacia ese lugar.

A medida que se acercaban, un sonido de motor se oía con mayor intensidad. Se trataba de un tractor que atravesaba lentamente el campo. Al percibir el ruido, la chica reaccionó y comenzó a respirar agitadamente mientras tironeaba del brazo de él, que se esforzó para llevarla hacia el tractor con la esperanza de que quien lo conducía le prestase un teléfono.

Cuando estuvieron frente al tractor, el hombre sucio y corpulento que lo manejaba se bajó y les sonrió con su enorme boca desdentada. Luego de eso, todo se oscureció.

Despertó con un punzante dolor de cabeza. Miró hacia el costado y vio que la chica estaba desmayada y encadenada a una cama desvencijada. De su brazo salía una sonda que se conectaba a una bomba que succionaba su sangre y la almacenaba en un bidón semitransparente. Él trató de moverse, pero se encontraba en la misma condición.

El tipo del tractor entró para llevarse el bidón lleno y se compadeció al verlo asustado. A modo de explicación le dijo:

—Disculpe, señor, pero ya nos estábamos quedando sin combustible para el tractor.



www.terrorcordoba.com.ar

 [terrorcordoba_oficial](https://www.instagram.com/terrorcordoba_oficial)

 [terrorcordoba](https://www.facebook.com/terrorcordoba)

 [TerrorCordobaOficial](https://www.youtube.com/TerrorCordobaOficial)

 info@terrorcordoba.com.ar